

JOSE AMERICO GHEZZI
"BEPO"
Versos y otras yerbas...
EDICIONES TIERRAZUL
RED DE LOS FF.CC
OCÉANO ATLÁN

Versos y otras yerbas...

JOSE AMERICO GHEZZI
"BEPO"

Ediciones TierrAzul

Al "Francés" mi maestro en la vía y en la vida.
A mis sobrinos.
A mis nietos en el afecto Lorena, Iván y familia.

Nota de los Editores

Los textos de Bepo Ghezzi que se insertan en este libro corresponden a respuestas suyas en diversas entrevistas periodísticas y relatos existentes en sus manuscritos. De estos últimos también se extrajeron los poemas que él mismo seleccionó para esta publicación que TierrAzul edita como homenaje al hombre que eligió ser libre.

Aunque Bepo no pudo ver el trabajo que soñó durante el último tiempo de su vida, queda al menos, la satisfacción de que el mismo será presentado en la flamante biblioteca que lleva su nombre, recientemente fundada, en el Club La Movediza, el sábado 8 de abril del año 2000, como homenaje al día de su natalicio, 5 de abril.

A MODO DE PRESENTACIÓN (*)

Todos los que alguna vez hemos pasado por su cocina o por su patio, sabemos de lo hermoso que es compartir sus recuerdos, sus sueños y sus croteadas por la memoria. Entre mates y conversaciones nos abre horizontes hacia una experiencia de vida rica en intensidad y coherencia ética.
Bepo es ciudadano de la Movediza y del mundo, único y universal, de aquí a la vuelta y del camino... Metido en el hoy, sin olvidar el ayer y siempre con ganas de mejorar el mañana, Bepo ha ido dejando en cada uno de sus amigos parte de una historia que siendo personal, nos cuenta parte de nuestra propia historia.
Bepo tenía un sueño: ***Versos y otras yerbas.*** *En este libro reúne poemas y otros textos escritos a lo largo de toda su vida, la transcripción de algunos de sus relatos orales y unas pocas fotos de su extenso archivo personal. En este mosaico de instantes de su vida Bepo se ofrece una vez más, como en las ranchadas de ayer y de hoy. Sincero, vehemente, metódico, solidario, amigo, se ofrece otra vez...*
Editores y lectores estamos compartiendo la realización de lo que Bepo llama su último sueño. Sin embargo, leyendo ***Versos y otras yerbas*** *es fácil imaginar que después de este sueño vendrán otros. Y siempre es un honor compartir los sueños de un hombre libre.*

TierrAzul Ediciones

(*) Estas palabras de presentación fueron escritas un par de semanas antes del fallecimiento de Bepo, ocurrido el 26 de febrero de 1999. Los editores decidieron no modificar el texto original ni otros aspectos del proyecto.

El hijo de Abramo y Esperanza

El año en que nací, fue el de la tragedia de la **Piedra**. Por ese entonces, al tiempo que se derrumbaba la **Movediza**, miles de obreros trabajaban en las canteras de nuestros alrededores; eran esos verdaderos artesanos picapedreros como por ejemplo don **Abramo Ghezzi**, mi padre, que llegó hacia el año ocho por estas tierras. 1908

Mis padres vinieron casados desde Italia. Eran del Trento, de un pueblito a orillas del Po, en el que todos o casi todos eran de apellido Ghezzi. Por eso mi madre, que murió cuando yo era bebé, con sólo 24 años, era **Esperanza Ghezzi de Ghezzi**. Mi padre, Abramo Ghezzi, trabajó duro y parejo en las canteras.

Mi padre volvió a casarse recién cuando nosotros tuvimos alrededor de quince años, cuando ya podíamos volar. Hizo como una promesa de no casarse antes...

La niñez en la movediza

Los juegos de mi infancia

Agosto, el mes del barrilete
corríamos para hacerlo remontar
y cuando tomaba altura
empezaba a colear.

Cuando el tiempo de la bolita
todos después de la escuela a jugar
el boliyón se ponía cayuso
de tanto matear.

Cuando jugamos al rango
(la primera sin tocar)
a veces se armaban discusiones
porque todos queríamos jugar.

Cuando era el tiempo del trompo
los metimos en una bolsita
a veces teníamos cuatro o cinco
los grandes y las pepitas.

Al rascate lo jugábamos en la escuela
en los minutos del recreo,
siempre había alguna zancadilla
y alguno rodaba por el suelo.

En las noches de verano
jugábamos a las escondidas,
uno contaba hasta cuarenta
y salía a buscarnos y empezaba la corrida.

A la tardecita jugábamos al fútbol
con una pelota de trapo
hecha con una media,
(no había plata para una de gajo).

Quién no tenía una honda
para cazar pájaros
los bolsillos llenos de piedra
íbamos del monte al campo.

También íbamos con la trampera
con un cabecita llamador.
Algunos caían en la trampa
otros volaban alrededor.

Cuando era el tiempo del arco
hacíamos carreras

la largada y la llegada
eran frente a la escuela.

Cuando hacía mucho calor
nos bañábamos en una laguna,
zambullidas, pecho y espalda
era cortita, pero con hondura. (1)

Qué lindos tiempos aquellos
que nunca volverán,
todo pasa en la vida
pero uno no lo puede olvidar.

(1) La laguna de Romeo

(También había otros juegos como las figuritas, el yo-yo, la payana y para las chicas la rayuela y la mancha.)

Mi gatita

Mi gatita se llamaba
mocita la "embabosa"
de color gris oscuro
era muy hermosa.

Jugaba conmigo
con un carretel
y pegaba unos saltitos
hasta que se iba con él.

Después volvía contenta
para volver a jugar
con su miau, miau
recorría todo el lugar.

Saltaba de silla en silla
o arriba de la mesa
corría hasta la cama
con cuanta ligereza...

Su comida era hígado
o carne picada,
dormía en la cocina
arriba de la mesada.

Un día entró en amores
y se vino con su pancita,
fue madre muy cariñosa
y ya no era más la mocita.

Fue criando a sus hijos
con todo cariño
pero un día desapareció.
¿Cuál fue su destino?.

Tal vez se fue a las estrellas
mi mocita la embabosa
a jugar con otros gatos
ella que era linda y cariñosa.

(Esta es mi primer poesía. La hice en 1921 y la tuve en la memoria, hasta que aprendí a escribir)

Mis caminos de la infancia

Anduve por los caminos de la infancia
estaban cubiertos de flores silvestres
sus perfumes flotaban al viento
como esperando que alguien se los lleve

Me quedé un rato mirando el camino.
Sólo flores, ninguna pisada.
Sólo el silencio de la tarde
donde antes estaba la barriada.

En el camino que va a la escuela
ya no se ven los guardapolvos blancos
ni el canto de Oíd Mortales,
todo quedó en silencio con los años.



Unica foto de Esperanza Ghezzi de Ghezzi, la mamá de Bepo. Murió a los 24 años, cuando el niño tenía sólo unos meses de vida



Abramo Ghezzi, con Florentino, José Américo (Bepo), a la derecha y Santos Darío, el más pequeño.



Canteras en inmediaciones de La Movediza. Aproximadamente 1920.

El camino a la vieja cancha
a donde íbamos a jugar las picadas
ya no queda más nada
sólo un viejo alambrado.

Los viejos caminos de mi infancia
nunca los voy a olvidar
con sus curvas sin esquinas
con algún rincón para jugar.

Sólo al agua de las lluvias
hoy corre por sus caminos
llevándose a todos los recuerdos
de los que allí vivimos.

Volví a buscar cariños
y allí los encontré,
los cariños de mis padres
que nunca los olvidé.

Tuve la suerte de ir a la **escuela**, cuando pequeño. Llegué a cuarto grado. Hasta tercero estuve en la **escuela número 16 de La Movediza**, ubicada a pocos metros de mi casa; siempre la recuerdo -y mientras viva la voy a recordar- a la directora, **Antonia Letoile**. ¡Cuántas travesuras me perdonó!, seguramente porque sabía que me crié sin madre; me tocaba la cabeza y me perdonaba. ¡Ah!, pero mi padre, con ayuda de algunas tías, nos crió muy bien; supo defenderse.

La escuela

Naciste al pie de un cerro
en una hermosa mañana
y el primer llanto que diste
fue el sonar de la campana.

Yo te recuerdo en mi primer día de clase
con mi guardapolvo blanco
llevado de la mano de mi padre
mi emoción se volvió llanto.

Nos recibió la maestra
con afecto y cariño
y tocándome el pelo
me dijo: no llores niño.

No sobresalí en nada en la escuela; en la **número 4, de Cerro Leones**, empecé el cuarto grado pero lo hice con altibajos; con algunos compañeritos por ahí íbamos tres días a clase y al día siguiente nos hacíamos la rabona para ir a cazar pajaritos; ¡con tanto campo y tanto monte! Pero por supuesto, siempre me gustó leer. Aunque puedo decirle que después de la escuela aprendí solo; empecé a tener mis ideales; leía y leía.

En cambio mi padre no tenía tiempo de leer, entre el trabajo y atendernos a nosotros, viudo como había quedado el pobre. Pero así y todo, recibía invariablemente el periódico "*El Picapedrero*", que se editaba en Montevideo, con notas referidas a esa actividad.

Las canteras

Se siente el golpear de los martillos
que parecen una sinfonía
son cientos los que martillan
y son ocho horas por día.

Tres son las guvias de barrenistas
que perforan todos los días el mazo
después es la pólvora o la dinamita
que la hace volar a pedazos.

Están los peones con sus palas o picos
que se encargan de llenar las zorras
que con su carga de adoquines o piedra
van a los vagones o la rompedora.

Los herreros al pie del yunque o bigornia
y el bañil con un centímetro de agua
templan las puntas martelinas y pinchotes (1)
con el fuego lento de la fragua.

El zorrero va y vienen con las zorras
van llenas y vuelven vacías
su andar es sereno y seguro
pero siempre sobre las vías.

El cuarteador con su yunta de caballos
sobre uno va siempre montado
el otro lleva la cuarta sobre el lomo
y los dos llevan un trote acompasado.

El picapedrero como el cordonero
son los dos que tienen oficio
ellos conocen el entreguardo y escuadra
conocen la ceda y el trincante
y la piedra nunca tiene desperdicio.

Obreros de las canteras
cada uno en su trabajo
se ganan el pan de cada día
con el sudor de su frente
y las fuerzas de sus brazos.

*(1)*Herramientas utilizadas por los canteristas. Con la martelina golpeaban la piedra para emparejarla y el pinchote servía para cortar.

Eran tiempos, también, de luchas y de ideales. Y en mi caso, debo confesar que los tuve. **Quise volar, como los pájaros**. ¿Por qué no habría de intentarlo?, empecé a indagarme en lo más profundo de mi ser, apenas asomé a la pubertad y mucho más en mi adolescencia.

Los pájaros

Los pájaros vuelan en Libertad
van a donde ellos quieren
el hombre es un prisionero
de sus propias leyes.

Hay más de cien pájaros distintos
cada uno tiene en sus plumas un color;

cachilas, mixtos, chingolos, tordos
y cuantos hay que uno no conoce
por ser de otra región.

Los pájaros van solos o en bandada
a comer por los campos,
al anochecer vuelven al monte
con el buche lleno y sus cantos

Hay pájaros cantores
el jilgero, el canario y el zorzal
sus cantos se sienten lejos
cuando asoma el día se ponen a cantar.

En la primavera hacen sus nidos
en el monte o en pajonales
ahí nacen y crían su pichones
y cuando tienen sus alitas empiezan a volar

El hornero es distinto de todos
el hace su casita de barro
la entrada es de donde sale el sol
y la hacen en la punta de los palos.

Hoy ya se sienten sus cantos
ni en los montes ni en los campos
ni se ven pasar volando:
El progreso los fue matando.

(1997)

Me gustaría contar acerca de lo que fueron mis primeras y apasionadas lecturas. Resulta que **Jesús Losada**, un canterista español, republicano, muy honesto y mi maestro de ideas, me prestó muchísimos libros. Así fue como me devoré, por ejemplo, las obras completas de teatro de **Florencio Sánchez** y de un tandilero tal vez un poco olvidado, aunque tiene una calle, me refiero a **Rodolfo González Pacheco**. Dejé la escuela en cuarto grado porque ya ahí tenía necesidad de volar. Pero la gran Universidad que tuve fue la Vía. Aprendí de todo en la vía.

Y a los trece años no más, me largué por la vía. Enderecé para el lado de **La Negra**, una pequeña población del partido de Necochea, pero más cercana a Tandil que a esa ciudad con mar. Luego regresé para hacer pie aquí, pero después de haber cumplido con el tema del servicio militar, retorné a aquello... Serían 25 años recorriendo los suelos patrios, conociendo paisajes y gente, leyendo mucho, viviendo y viviendo hasta graduarme en lo que siempre acostumbro a llamar "*la Universidad de la Vía*".

En la Negra, cuando me fui a los trece años, estuve de **boyero** para llevar los caballos a la persona que manejaba la chata; eran 12 caballos que llevaba arriando. Me gustaba mucho ese trabajo; ahí vi el mundo. Fue el mojón para que yo empezara lo que después fue la vida de "*linye*".
Recuerdo muchas cosas, por más que tenía por entonces muy pocos años. Por ejemplo que un día, estando en las estancias de **Francisco** y **Vicente Mastropierro** de donde **Barsotini** -mi carrero- llevaba el cereal a la estación La Negra, se hablaba de un vuelo; era el año 1926 y se trataba del primer vuelo del "*Plus Ultra*" en la Argentina; después, fui archivando mucho material sobre aviación.

En La Negra estuve durante una temporada de cosecha, nada más, pero me alcanzó para saber lo que quería.

Estampas del camino

El rancho

En medio de la pampa
dándole la cara al cielo
aguantó lluvias y vientos
pero nadie lo arrancó del suelo.

El techo era de paja
las paredes de barro
el piso de tierra
bien parejo y pisonado.

El horno de pan
estaba en el medio del patio
siempre con brasas calientes
para las empanadas o churrasco.

Las puertas y las ventanas
eran todas de cuero
en las noches de invierno
daban color adentro.

Hoy sólo queda un arcón
de lo que antes era cumbrera
y en la puerta un nido de hornero
que parece un centinela.

Sólo queda un sauce llorón
que se está secando de viejo
y algún nido de pájaro
y la selva que le hace cerco.

Del camino al callejón
ya no se ve la huella
la taparon los pastos
sólo se ve la tranquera.

Despacio se va perdiendo
en medio de la llanura
hasta desaparecer del todo
y no se verá más su figura.

El campo es un desierto
ni una mata de pasto queda
sólo un tanque australiano
y un molino sin rueda

A la sombra de su alero
cuantas veces guitarrié
algún estilo pampeano
por la china que se fue.

La alpargata

Gastada y vieja alpargata
un día dejaste de andar
Vos que conociste distancias
en ese largo caminar y caminar

Yo te use en mis años de linye
y también cuando fui pueblero
como olvidarte alpargata
si es la prenda que más quiero.

Te usaba en las mañanitas
y el resto del día en pata
era para no gastarte
mi inseparable alpargata.

Fuiste mi fiel compañera
en tiempo de cosecha y juntada
de día caminábamos leguas
y de noche fuiste almohada.

En los bailes de piso de tierra
entre tangos y milongas
a más de un charol lustrado
le hiciste tirar la esponja.

Te usó el tano naranjero
te llevó el turco ambulante
y te perdí en algún baile callejero
mientras tocaba ronda el vigilante.

De entre casa te usaba la piba
fuiste reina del conventillo
y el compadrito del fondo
te ponía para salir los domingos.

Bajo el farol de la esquina
te usó más de un cafishio
mientras chamuyaba con la mina
y junaba algún garito.

Te llevó en la guitarra el payador
y te hiciste en el pescante del carrero
en vos calzaba las espuelas el domador
y en la estiba se lucía el bolsero.

Las abuelas la usaban en chancleta
para barrer los patios
los chicos te usaban en los picados
para cuidar los zapatos.

¿Quién no te conoció alpargata ?
¿Quién no te tuvo en sus manos?
si fuiste querida por todos
se llamen gringos o paisanos.

Cómo olvidarte alpargata
si fuiste mi fiel compañera
en las caminatas de linye
o en la vida pueblera.

Yo con los dedos afuera
y vos mostrando las hilachas
de andar y andar por los caminos
en esas largas croteadas.

Vos no irás al tacho de basura
ni te dejaré por ahí olvidada,
te pondré bajo un durmiente de la vía
para que escuches un carga con su larga pitada.

Al volver a Tandil trabajé en una cantera, pasando **Cerro de los Leones**, atrás de la "*Federación*"; después, en un tambo en **Azucena**.

La verdad que el trabajo en la cantera no me gustaba. No había caso. Con el

tiempo llegó la conscripción. Por la altura me hubiera tocado Granaderos, pero fui reservista a raíz de un problema en un dedo; así que me tuve que quedar en la casa todo el año, porque tenía que estar a disposición para cualquier llamado; pero nunca me tocó.

Pero un poco antes del servicio militar, me fui a **Juan N. Fernández**, en mi primera croteada oficial, con el "*mono*", pasando por **Azucena**, **La Negra** y **Claraz**. Fui a trabajar para otra cosecha. De esta última, lo que más recuerdo es la **música clásica** (sobre todo **Beethoven**) que tocaba una chica a quien se la escuchaba a menudo en el pueblo, pero una vez me tocó trabajar al lado de su casa, limpiando unas plantas, y la vi por la ventana de atrás; era una dinamarquesa rubia y alta, que se me acercó y me preguntó si me gustaba la música que ella tocaba. Por ese entonces yo no conocía nada de música clásica; ahora me gusta muchísimo; y cada vez que escucho Beethoven me acuerdo de esa chica; es más: la veo, la veo tocando el violín por esa ventana...

Hasta Fernández viajé en un tren de carga, pero aquí tendría una anécdota para contar... Resulta que había sacado el boleto para el tren de pasajeros, pero vi que llegaba el tren de carga y la tentación pudo más; era una verdadera emoción para mí subirse a un **vagón carguero**, andar allí arriba... Eso fue la *credencial* para el resto de mi vida de linye.

Después de ese año como reservista, empecé con alma y vida a usar esa *credencial*... Hasta ese momento, sin la conscripción hecha, me había ido a trabajar por las cosechas pero había vuelto. Después del año de reservista, me largué; ya lo tenía decidido; era lo que me gustaba. La cuestión más brava era la manera de comunicarle a mi padre semejante decisión, siendo que ya tenía dispuesto hacia dónde dirigirme: a **juntar maíz** al **norte** de la provincia de Buenos Aires.

Se lo tenía que decir... Así fue como un buen día estábamos comiendo en la mesa y le comenté mi decisión de irme de linye a juntar el maíz. Me dijo:

"*¿Qué? ¿Ma'no tené de manyare aquí...?*" Pero yo agarré el mono y me fui para el norte.

No. **No me entendió mi padre**. Tal vez me entienda ahora desde allá arriba, pero la verdad es que no me entendió; él veía que me gustaba leer y todo, pero nunca comprendió esas cosas. Ellos pensaban que teniendo la **comida** y el **trabajo**, para qué más; para ellos, el mundo era eso.

Estampas de la vida que dejaba....

Las Quintas de antaño

(El inmigrante lo primero que hacía era la casa y la quinta)

Piedra sobre piedra
hacia un cerco
en un lote entre piedras
y formaba un huerto.

Por la orilla corría un manantial
Riego no le faltaba
el agua corría, planta por planta
la tierra siempre estaba mojada.

Había plantas frutales
ciruelas, damascos y peras
un nogal, capas de uvas,
un limón, naranjas e higueras.

Entre las plantas había verduras
para toda clase de ensaladas
cebolla, ajos, poroto y perejil
tomates, morrones, repollos y radi amarga

Los viejos después del trabajo
hacían la quinta
o se sentaban en un banco
y la miraban: esa era su vida.

Lagunas y pocitos de mi barrio

Fui a ver las lagunas de mi infancia
donde cuando chico aprendí a nadar
cada una me trajo un recuerdo
de la muchachada que no está más.

La laguna del Feliche
estaba llena de juncos
tenía poca agua y era verdosa
las orillas estaban tapadas por los yuyos.

La laguna de "Romeo", nuestra preferida;
en las horas de la siesta nos íbamos a nadar
hacíamos carreras de pecho y espalda
y en las zambullidas ¿quién aguantaba más?

A la laguna de la "Marina"
iban las chicas a lavar la ropa
llevaban la ropa en fuentones
volvían a casa y la tendían en la soga a secar

En la laguna del "Yoane"
también íbamos a nadar
como quedaba medio escondida
en el barrio no nos podían mirar.

La más grande fue la de "Proyedo"
estaba frente de la "Inmigración",
muy pocos se bañaban en ella
era muy honda, había que ser muy nadador.

El pocito de "Ercilia" y la nona "Luiya"
estaban a pocos metros de distancia
los vecinos iban allí a buscar el agua
como era de manantial nunca faltaba.

El más famoso de todos fue el "manantial"
las chicas con el yugo y las latas
al atardecer iban a buscar el agua
era la cita para poder hablar
esos noviazgos a la escondida
que más de uno terminaron en el altar.

(Nota: Las lagunas y pozos tenían el nombre de la gente del Barrio, lo cuales están

escritos como se pronunciaban en las canteras, en ese dialecto gringo. El Luisito y el Sordo Nicolini, en la laguna del Proyeno, se largaban de arriba de la barranca y la cruzaban a nado.)

Mi Barrio

Volví a mi barrio
después de muchos años
ya era un desconocido
nadie me tendió la mano

Recorrí sus calles
Las mismas de ayer
como cuando las caminaba
llegando el atardecer.

Las casas de mi barrio
se fueron envejeciendo
ya no había rejas ni malvones
todo se lo llevó el tiempo.

El almacén de la esquina
había bajado sus persianas
todo parecía olvidado
no había más compras en las mañanas.

La escuelita de mis primeras letras
ya casi sin alumnos
sus recreos estaban vacíos
no se veía a ninguno.

El farol de la esquina
cita de la muchachada
estaba sólo esperando:
nadie llegaba.

El café, mi viejo café
con sus vidrios empañados
y una neblina .'e humo
con olor a cigarro.

Pasé frente a la iglesia
y me paré en el umbral
sólo había una viejita
que empezaba a rezar.

Fui a la vieja cancha
que cuando pibe jugaba
los recordé a todos
pero ninguno de ellos estaba.

Fui a la vieja estación
recorrí sus andenes
las boleterías estaban cerradas
ya no corrían más los trenes.

Después me fui alejando despacio
y me di vuelta para mirarlo desde lejos
sólo me acompañaban
los recuerdos de mis viejos.

(1986)

Tengo una **anécdota insólita**, ocurrida en uno de mis regresos, en la etapa anterior a los siete años consecutivos en las vías. Fue cuando mi viejo me abrazó llorando porque creía que yo estaba **muerto**. Tal cual. Y no solo mi padre. Todos los vecinos, amigos, parientes, se sorprendieron cuando se fue corriendo la noticia de que me encontraba vivo, que había llegado a **La Movediza**. ¿Qué había ocurrido?

Habían leído en un diario, que un tal **José Ghezzi** había muerto en una huelga de los juntadores de maíz y pensaron que era yo...

Aunque no era lo mío, lo que me gustaba, lo cierto es que se ganaba bastante bien con el trabajo de cordonero que realicé antes de irme. Eran dos pesos por día y se comía con unas pocas moneditas. Dependía de la cantidad de trabajo realizado; queriendo se podía hacer mucho más, pero mi bohemia no me lo permitía; por ahí me ponía a escribir versos en lugar de seguir trabajando. Así que en ese sentido fui la oveja descarriada de la familia, porque además de anarquista era medio vago...; o como decían por aquel entonces: "Buen muchacho..., ¡ma' con cada idea!".

La verdad es que mientras mis manos hacían los cordones, mi cabeza estaba dando vueltas por las aventuras que llegarían a partir del año siguiente, es decir después de ser dado de baja en el servicio militar... ¡Claro! El físico estaba ahí pero yo ya croteaba; croteaba en el aire. Y ni bien terminé, pues... ¡a crotear!.

El viento

El viento me golpea la cara
tus manos me acarician
tus ojos me miran
y en tus labios una sonrisa...

tu cabellera al viento
y tu mirada lejana
¿dónde están tus pensamientos
que no me decís una palabra?

El silencio era todo
no me decía nunca nada
porque era así ella,
siempre triste y callada.

A veces la veía sonriendo,
nos mirábamos en los ojos
se unían nuestros pensamientos
¿o era un sueño, después de todo?.

Mi pieza

La pieza de capotín
estaba arriba de una loma
a metros de las vías
que iban a la Rompedora.

Era de madera, con techo de chapa
una puerta y dos ventanas
una pieza y una cocina
y el piso de tablas.

En la cocina había un armario
una mesita y el calentador
cuatro banquitos de madera
que era todo mi confort.

Tenía una lámpara de querosén
colgada de la pared
su luz era mortecina
pero me sobraba para ver.

Tenía el balde siempre vacío
para ir a la canilla a buscar agua
cuando una música lejana
me hacía su llamada.

En la pieza estaba mi cama
un cajón hacia de mesita de luz
unas perchas para colgar la ropa
y también había un baúl.

En un rincón, la biblioteca
siempre llena de libros
que con moneditas iba comprando:
era mi único vicio.

La puerta siempre estaba abierta
nunca echaba llave
ahí llegaban a toda hora
los amigos a tomar mate.

El Primus siempre estaba prendido
muy poco tiempo se apagaba
los sábados a la noche
nos quedábamos hasta la madrugada.

Nunca nos faltaban temas
a veces era el fútbol o las carreras (3)
y si alguno soñó un número

hacíamos una vaca
y lo jugábamos a la quiniela.

Mi pieza fue una tribuna
todos podían hablar
cada uno ponía sus ideas
para eso es la libertad.

Nunca faltaba alguno (4)
con berretín de cantor
y en noches de luna
se oía su voz.

El barrio es un recuerdo
sólo quedamos un puñado
que cuando nos reunimos
sólo hablamos del pasado...
Ya no está la pieza
el barrio, tampoco
y yo despacio
para no mirar, cierro los ojos.
(1972)

(3) De autos.
(4) Ricardo, Juancito, Julio

Era la hora de agarrar nuevamente el mono. Pero la diferencia era que ya no tendría el trabajo de convencer a mi padre, porque ya tenía mi bulín. Mi padre había rehecho su vida y yo, aunque tenía muy buena relación con mi madrastra, no quería entorpecer. Así que me sentía individual en ese lugarcito propio adonde podían venir los amigos a tomar mate, conversar, leer; recuerdo que venía por ejemplo (Jesús) Losada, mi maestro. Ya era independiente; estaba en otro mundo; y por ahí abajo, en la Casa de Piedra, la Uda, que me conformaba con mirarla, conversar algo con ella.

Para Uda

Un suspiro
un amor

Bepo en 1935, en Tandil. Pinta de galán.





1939 en Hunter, Santa Fe. Bepo (izquierda) en uno de sus trabajos en una chacra, en tiempos de las "juntadas" de maíz.

Uno de los equipos de fútbol del Club La Movediza, aproximadamente 1930-40. Bepo fue uno de los fundadores de esa institución. Sentía lógica pasión por esos colores y en su archivo se encontró este valioso documento gráfico.





Un festejo de los trabajadores de las canteras, el 6 de octubre del año 1946. Bepo es el segundo entre los que están en el centro de la foto. Según Juan Manuel Calvo, "la huelga más notable fue la de 1908, que se prolongó de 8 a 9 meses; fue la llamada 'Huelga Grande', la fecha en que todos los patrones de Tandil firmaron el pliego de condiciones impuesto por los obreros. El 6 de octubre constituye una efeméride que los obreros de las canteras no han dejado de celebrar desde entonces religiosamente".

un beso
una flor

El viento me trae el eco de tu voz
que me estás nombrando
y veo tus hermosos ojos
que me están mirando.

Cada cartita tuya
es como una bendición
es que te llevo muy adentro
de mi corazón

Fui a la Casa de Piedra
y en la ventana te llamé
nadie me contestó
y tampoco se siente el piano.

Cuántas veces sueño
que los dos caminamos
por los viejos senderos
tomados de la mano.

El pájaro canta
mientras hace su nido
nosotros cantaremos
cuando estemos unidos.

Te veo apoyada en la ventana
mirando como siempre a la distancia
mientras acaricia tu cara el sol de la mañana
y las flores de campo te traen su fragancia.

(1937)

Te quiero

Te quiero como a una hermana
te quiero como a una novia

te quiero como a una amiga
en fin, te quiero como tú me quieras.

Si me querés como un hermano
yo también como una hermana
y que nuestro cariño sea
como una antorcha
que no se apaga.

Si me querés como Novio
del brazo juntos iremos al altar
por un camino de alfombras
mientras las campanas tocarán
la marcha nupcial.

Si me querés como un Amigo
vos serás mi Amiga
por esos caminos de lunas
nos contaremos nuestras cosas
que callarán por vida.

Ya ves como te quiero
son cosa de la vida
cuando miro tus ojos
veo que me querés
como Hermana, Novia, Amiga
¿Cúal es tu amor de los tres?
(1937)

.... Eso que le digo ocurría en el año que siguió a la colimba. Porque en los primeros viajes que hice al norte a juntar maíz, iba por marzo y pegaba la vuelta en julio-agosto, con algunos pesitos; y de nuevo aquí, volvía a hacer cordones, escribía versos y otras cosas y... a crotear otra vez.

El Boliche

Nunca olvidó a su pueblo
allá lejos en el Tirol

cuando vino a la Argentina
sólo trajo un parol

El Boliche del Luiyín
es largo, de chapa y madera
el mostrador es de estaño
un sótano hace de heladera.

El siempre detrás del mostrador
atiende a los parroquianos
que venían a tomar la copa
eran gallegos, yugos o italianos.
Después del trabajo
llegan del Luiyin
y entre charla y charla
se toman un Vicher de Vin.

Juan es relojero
nunca le gustó el mostrador
con una lupa en un ojo
arregla cualquier reloj.

También tienen pensionistas
que pagan al fin del mes
son los hombres solos
que viven en casillas, esperando la vejez.

La Yudita es la cocinera
las chicas sirven las mesas
pucheros, guisos y polenta
con vino, Bilz y cerveza.

En su viejo Ford-T
va por la mañana
al Globo a buscar mercadería
para la semana.

Los domingos a la tarde
se juega a la baraja
al tresiete, al tute y la mura
eran los juegos que más se jugaban.

También se juega a las bochas
hay una cancha arenada
el Pato y el Caio son los cancheros
siempre la tienen pareja y regada.

Ya cuando el domingo anochecía
alguno cantaba la violeta
tenía algunas copas de más
y caminaba haciendo piruetas.

(Pieza del capotín, año 1936)

El Invierno

Se vino el invierno
prendí el brasero
puse la pava en el fuego
tomo mate y leo.

La noches son largas y frías
con muchas heladas
el sol tibio de la mañana
calienta mi morada.

El mate es mi único amigo
que siempre está presente
con él paso las horas
esperando que alguien llegue.

Solo viajo con mis pensamientos
que se van lejos
por esos caminos sin fin
que nunca tienen regreso.

Así se fue un día
ni un adiós, ni un beso.
Era todo en mi vida
Hoy sólo la veo cuando sueño.
(Pieza de capotín,1938)

La costurera

En la mañana temprano
siento sus pasos en la vereda
cuando va a su trabajo
su oficio es costurera.
Es alta, medio encorvada
de tanto estar sobre la máquina
sus ojos parecen cansados
de estar horas cosiendo sentada.

Si uno la cruza en el camino
siempre saluda con sonrisas
y lo mira con esos ojos verdes
sin detenerse aunque no tenga prisa.

Los domingos va a misa
es su única salida
a veces va con la abuela
para que Dios la bendiga.

Nunca le conocieron novio
a lo mejor quería a alguien en secreto
solamente su corazón sabe
si tuvo caricias o besos

Fuiste como la costurerita de Carriego
pero vos no diste el mal paso
una vida cosiendo vestidos de novia
y vos te quedaste solita....

Luna

Le decían Luna
porque salía de noche
volvía a la madrugada
Volvía ¿de dónde?

Fueron pasando los años
y fue envejeciendo.
Un día desapareció
y todo fue un misterio.

Vivía en una pieza
que era de adobe
con el techo de paja
no podía ser más pobre.

La casa quedó abandonada
nunca más volvió.
Nadie sabía cómo se llamaba
sólo lo sabía Dios.

Un día contó una monja
que todas las noches iba a rezar
hasta quedarse dormida
junto al altar.

Tantos años de rezar...
un amor, un desengaño.
Nadie le conoció familia,
sólo fue Luna para el barrio.

El arbolito

Arbolito marchitado por el viento
que en tus sombras cobijaste a mas de un ser querido
hoy estás olvidado por el tiempo
y hasta las hormigas en tu tronco han hecho nido.

Hoy te veo triste y solitario
en medio de tanta llanura
y quizá te voltee algún viento corsario
con su huracanada bravura.

Pero no importa, yo te evoco y te admiro
como nadie jamás te admiró
al evocar un tiempo ya ido
donde en tus ramas algún pájaro cantó.

Y si algún día te sacan del lugar
para poner otra planta superior
en tus tristezas te has de acordar
que todo tiempo pasado fue mejor.

Recordando

Casi todas las semanas
me venía a visitar
Nos sentábamos en una piedra
y nos poníamos a charlar.

Cuando oscurecía se iba
y me decía hasta mañana
Se iba caminando
y yo la miraba.

En noches de luna
se quedaba un rato más
con las dos manos se apretaba las rodillas
era su manera de estar.
Un día me dijo despacio:
-Qué lindo ha de ser el altar!
la miré asombrado
no le pude contestar.

Un día me fui por esos caminos
y se fueron pasando los años

nunca supe de su vida
Tal vez andará como yo, caminando.
(1998)

El sol, el viento, la lluvia, la luna

El sol me despierta temprano
y salgo a caminar
recorro algunos barrios
y vuelvo a la hora de churrasquear.

El viento cuando sopla fuerte
me golpea en la cara
me trae el perfume de los campos
y el cantar de la chicharra.

La lluvia cuando cae despacio
y me voy mojando
voy mirando el suelo
para no pisar los charcos.

La luna cuando es llena
le cantan los poetas
yo me paso mirándola
a la luna y a las estrellas.

La chacra de Paulina

En el año '35 me fui a juntar maíz a Cepeda, provincia de Santa Fe. Me dieron trabajo en una chacra en la que vivía una chica de unos veinte años. Era con comida. Nos hicimos muy amigos. Los dos jóvenes... Recuerdo que cuando me fui, al despedirme me dijo bajito - ¿Va a volver?. Moví la cabeza y le dije que sí.

Volvía a la vía. A dos cuadras pasaba la trocha que iba a Rosario. Yo la llamaba el ramal de la nostalgia, porque techaba en un vagón cada vez que pasaba. Con el pañuelo saludaba. No sé si me veía, pero nunca volví a la chacra.

¿Qué será de Paulina?. Algún día contaré la verdadera historia.

Vista de la "casilla de capotín", íntegramente de chapa, lugar donde vivió Bepo en las décadas de 1930 y 40 en los momentos en que regresaba a su ciudad, frente al mismo cerro La Movediza.





Bepo, trabajando en un obra en construcción en los cuarteles, en 1946. Por motivos de su militancia gremial, fue advertido por sus compañeros acerca de que era conveniente que se aleje de la ciudad por un tiempo.

En la foto siguiente, se observa un momento de la reunión de despedida que le organizaron sus amigos.





En la última, con una valija con sus elementos para este viaje "de apuro" y no de linye.

Paulina Suárez

Pasaron dos años muy tristes
Antes que me olvidara de ti
Un día pensando momentos más felices
Las cosas gratas vinieron hacia mí
Iban llegando, recuerdo tras recuerdo
Nada más que cosas muy lindas pensaba
Así me encontró el despertar.

Sus sueños y los míos en la nada quedaron
Un momento de incertidumbre
Al abismo todo tiré
Respetando un amor que parece que queremos
Entre dichas y placeres
Zozobrando, sus ilusiones y las mías maté.

La carta que no llegó

Hoy por primera vez después de un largo tiempo he pensado en escribirle deseando que al llegar ésta a su poder se halle tan bella y jovial como cuando tuve el honor de conocerla. Señorita, quizá a usted le cause al recibir estas mal trazadas líneas algo de asombro, pero aún yo, a pesar del tiempo transcurrido la recuerdo y la he de recordar mientras viva porque vuelven a mi mente, a cada instante, aquellos bellos momentos que solía pasar a su lado. (...)

(Fragmento de una carta que escribí a Paulina que incluía el siguiente poema, y que finalmente decidí no mandar)

Jamás te olvidaré

Pebeta el destino un día quiso
que me alejara de aquel lugar.
Hoy al verme triste y sumiso
de tu imagen jamás me he de olvidar

Con ansias aún recuerdo las horas
que juntos solíamos pasar

tu boca que nunca mentía siempre decía
que de mí jamás te ibas a olvidar.

Si aún hoy recuerdas
aquel amor que fue tan fugaz
creo que has de perdonarme
si no volveré a verte jamás.

En un momento resolví que no regresaría por largo tiempo. Fue por el '39 y yo tenía 27 años. Me dije: "No, ¿para qué volver?". Y me quedé en la vía... Salí hacia Santa Fe. Recorrí mucho; estuve siete años dando vueltas, siempre por las vías.

Luces y sombras...

El Linyera

Qué triste es la vida del croto
siempre caminando sin rumbo
Así vamos unidos unos a otros
siempre andando a los tumbos.

Y así los años se van
siguiendo el mismo camino
y sin un pedazo de pan
la vida engañada vivimos.

Y vamos caminando adelante
sin ninguna estrella de guía
hasta que nos detiene un vigilante
y nos lleva a la comisaría.

Esta es la vida del linyera
llena de pena y dolor
es lo único que nos espera
en esta vida en que todo es mentira
y nada es amor.

Mi dolor

Lo siento, lo siento que me condena
que me martiriza y no me da calma
como si fuese una larga cadena
que de a poco me entra en el alma.

En un dolor lento pero seguido
que en la garganta siempre me molesta
o es la tisis que ha hecho su nido
y que despacio me llevará a cuestas.

Pero si así fuera lo que presiento
y la parca me llevaría
de este mundo me iría contento
porque en la muerte paz encontraría.

Llueve

Sólo la lluvia me acompaña
en mi triste soledad
Yo la miro por la ventana
y como viene se va.

El mundo es de ella
y lo recorre con su lluvia
dejando a su paso
alegrías y también penurias.

Da alegría los campos
porque todo se pone verde,
los pájaros cantan sus amores
mientras el sol, a lo lejos, se pierde.

La lluvia es como un amor
que cada tanto viene
porque ella me dio el sí
mientras miramos cómo llueve.

Tal vez ese amor como la lluvia
viene cada tanto a verme,
a las dos no las olvidó
el te quiero de ella y sus ojos verdes.

Las lluvias con sus gotas
fueron testigo de aquel encuentro.
Su amor duró un sueño
pero la lluvia sigue viniendo.

"He tenido suerte porque en los 25 años de vía nunca tuve un resfrío y eso que se pasa frío, calor, hay cambios bruscos de temperatura, tormentas, lluvias. Pero siempre fui de cuidarme y la fortuna o el físico me habrán ayudado también. Nunca me pasó nada con las víboras y además, como uno comúnmente hace fuego, eso las espantan y no aparecen cerca de la ranchada. Algunas mordeduras de perro sí he tenido, pero les fui conociendo las mañas; por ejemplo, comprobé que al agacharme se asustaban y dejaban de molestar".

Con respecto a mis tiempos de andar por la vía, puedo decir que el país no era igual en todas partes; la gente tampoco. A veces la cosa dependía de la situación política. Por ejemplo, anduve mucho por Córdoba, en tiempos de Sabattini y otros radicales, sin hacer propaganda; y eso era la libertad. En Santa Fe, con la Democracia Progresista (Molina y otros), también: libertad para el linye; no había ningún problema; en cambio en la provincia de Buenos Aires estaban los conservadores y me hicieron tocar el piano dos por tres...

"En cuanto a la gente común, había gente macanuda por todas partes. Había inclusive croteras para pasar la noche. Era muy difícil que no me permitieran quedarme. Me veían vestido muy sencillo, con un pantaloncito, una blusita, alpargatas sin medias, pero presentable. Me daban de comer y todo. ¡Vaya ahora a una chacra o a una estancia! Lo están mirando con el fusil y con el largavista... El país era otra cosa. Por supuesto que algunas veces me bajaron de los cargueros, de acuerdo con la policía y con el lugar en que me encontraba. Pero normalmente, me daba el lujo hasta de pedirle prestado el diario al jefe de estación para leer. Se leía sobre todo el diario "***Crítica***"; por esa época escribían **César Tiempo, Mario Mariani, Ernesto Giúdici, Héctor Agosti, González Tuñón, Petit de Murat**. Y de

pronto, pasaba el cana y me miraba fijo, hasta que me decía: "***Hace tres días que estás acá; andate porque me comprometés***"; y me iba. En cuanto a la gente, cuanto más pobre, más sencilla. En pueblos chiquitos (del tamaño de Gardey) jamás nadie me negó nada. Además, yo siempre fui prudente en mi lenguaje y en mi forma de ser.

He dicho y escrito muchas veces que nuestros compañeros inseparables eran el hambre y el frío; pero así y todo, puedo afirmar que eran otros tiempos; por ejemplo, yo iba a alguna carnicería y pedía cinco o diez centavos de huesos; y veía que el carnicero cortaba y cortaba. Entonces le decía: "No, cinco centavos, señor". Terminaba de cortar, lo envolvía y me decía: "Tomá, llevalo". O por ahí ayudaba a algún carnicero a carnear (en tiempos en que no había inspecciones) y me ligaba los garrones o alguna achura; no se negaba la comida.

Viajar

Eterno viajero
primero el carguero,
después, el andén
ver la llegada del tren.

Soñar con distancias
de viajar y viajar
mirar siempre lejos
y nunca llegar.

Ver pueblos nuevos
en todos los caminos
y siempre viajar,
será mi destino.

El tren o el colectivo
mis eternos amigos
mi valija de mano
y el chirriar de sus ruidos.

El asiento numerado
sea ómnibus o tren

nadie viaja sin boleto
porque hay multas a granel.

Cuando va a llegar a destino
sea estación o terminal
el guarda la va nombrando
mucho antes de llegar.

Los caminos van cruzando
los cerros y los valles
y algún pueblo de campaña
con sus polvorientas calles.

"A la libertad que elegí, me la gané con esfuerzo. Yo nunca tuve ni campana ni horario; tuve la libertad de andar; no hice durante 20 ó 40 años un camino donde voy y vengo todos los días a la misma hora; pero la libertad es también sacrificio; sola no viene; viene con hambre, con frío, pero me fui aclimatando, me fui haciendo, gracias a las ansias de libertad y un poco tal vez, a los libros, a esos ideales que siempre tuve metidos en la cabeza. Yo era con mi libertad como un chico con juguete nuevo y si hoy tuviera veinte años, cargaría el mono y saldría otra vez de linye.

En cuanto a la soledad... debo decir que es brava hasta que uno se aclimata y convive con ella. La soledad es a veces una compañera. En cuántas ocasiones me he acostado en noches lindas, al ras del suelo (y afuera, como siempre) y he podido contemplar las estrellas con el sonido de los grillos, nada más. Si uno se pone a pensar en su tierra, en su casa o en su cama o su comida, por ahí se entristece. Pero lo cierto es que aquello era muy lindo: los arroyos adonde lavábamos la ropa; los pájaros, el cielo... Uno conversa con todo eso... Yo conversaba con lo que contemplaba, desde la Luna hasta las tormentas, las nubes, los vientos; si una tormenta venía muy brava, me refugiaba en la estación; la naturaleza es inmensa.

La vaquera

"La vi tan fermosa
que apenas creyera
que fuese la vaquera
de la finojosa"

Marqués de Santillana

Estaba en la estación "La Adela" y como andaba sin apuro, llega el tren basurero, ese que pasa en todas las estaciones, que deja vagones y levanta vagones, por eso le llamamos basurero. Siempre anda despacio. Lo tomé en la mañana, me subí en un vagón de veinte playo. Anduve casi todo el día hasta que llegó a una estación y entró en la segunda vía para darle paso a un tren más rápido. Yo como estaba medio cansado de andar, me bajé y fui a la cabecera del galpón. La estación era pelada. Había dos galpones. Uno para cereales y el más chiquito para encomienda.

El basurero estuvo un largo rato hasta que pasó uno especial de hacienda. Cuando se fue el carga crucé la vía y fui a una canilla a buscar agua.

Como estaba el cambista barriendo el andén le pregunté cuándo volvía otro tren. "Aunque pasen por la estación, por aquí no pasan. Este pasó para darle paso al de hacienda. Acá pasa sólo el tren "mixto" (el tren mixto lleva un vagón de pasajeros y los otros de carga). Le pregunté cuándo pasaba y me dijo que a las cinco de la mañana y vuelve a las seis de la tarde.

Le pregunté si podía subir a un vagón de carga. Me dijo: eso queda en usted. Decidí viajar en el de la tarde. Volví con el agua. Junté unos cardos secos que había en la playa y prendí fuego para la morocha y cuando estaba caliente me puse a tomar mate. Con las ganas que le tenía era un sorbo al mate y un mordiscón al marroco porque tenía hambre, así estuve hasta que iba bajando el sol. Sabía que no iba a pasar hambre porque tenía marroco, yerba y unos fideos de todos los colores que me habían dado en un almacén.

El tiempo era hermoso, cálido y con luna y cuando estaba bien entrada la noche me quedé sentado en el mono con las espaldas en las chapas del galpón. Pero cuando vi que me agarraba sueño lo primero que hice fue juntar pasto verde para poner en el fueguito para que haga humo para espantar los mosquitos que andaban a bandadas. Tiré una bolsa, puse la cabeza contra las chapas del galpón, cosa que nadie por atrás me pegara un palo en la cabeza. Tenían que venir de adelante, pero yo los veía. Como estaba cansado enseguida me quedé dormido. El canto de los gallos del jefe, en la madrugada, me despertaron. Me levanté y cuadré el mono para sentarme. Revolví las cenizas y abajo había unas brasas. Le eché unas leñitas secas y enseguida prendió. Como venía aclarando un día hermoso me quedé yerbiando hasta que apareció el sol. Miré el camino que bordea la vía. Vi que andaban unas vacas pastando y una chica montada en un caballo las cuidaba. Me di cuenta que era chica porque tenía dos largas trenzas. Ya tenía para entretenerme mirándola. Las vacas pastaban y caminaban y ella al tranquito de su caballo las seguía. Por ahí se bajaba del caballo, se arrimaba al alambrado de la vía, se sentaba. Se quedaba un largo tiempo. Tal vez una hora o más. Volvía a montar y se iba a donde estaban las vacas, dos o tres cuadras.

Y así pasaban la mañana. Hasta que el sol del mediodía calentaba entonces despacio emprendía el regreso, sin apuro hasta la tranquera que entra en la playa. Ahí se quedaba esperando. Venía el cambista con la llave del candado de la tranquera. La abría y las vacas iban a tomar agua en la bebida de los bretes. Mientras, cambiaban unas palabras con el cambista. Como la tranquera quedaba a pocos metros de donde estaba yo, la miré bien, la cara tostada por los soles y los vientos, tenía dos largas trenzas negras. Vestía una blusa azul, bombachas batarazas y alpargatas negras y vi que en el anca del caballo, prendida a los bastos tenía arrolladita una lonita para el caso de lluvia. De un galope fue adonde estaban las vacas, se sentó al borde de la bebida y ahí se quedó hasta que las vacas terminaran de tomar agua.

Volvió a montar y volvió al camino con sus vaquitas. Me quedé mirándola hasta que se fue perdiendo en la distancia.

"Una vez me echaron de una casa, porque sabía mucho. Estaba en una chacra en **Hunter** a la que había ido para pedir de pasar la noche. Me hicieron pasar a la cocina; era un lugar grande, donde estaban sentados el patrón, la patrona y todos los demás. Me atendieron muy bien, enseguida me preguntaron si me gustaba el guiso... ¡Mirá que un linye va a estar eligiendo...! Mientras comía, observaba a dos chicos que estaban haciendo los deberes; no daban en la tecla los chiquilines; era el año 1935, cuando Mussolini había invadido Etiopía. Tenían que responder el nombre de la capital y del monarca etíope; no tenían idea; yo se los dije y me miraron sorprendidos. Al otro día me dieron una changuita y vi llegar a los pibes de la escuela, contentos porque habían sacado buena nota; entusiasmado, el padre -italiano- me pidió que me quede haciendo algunas tareas y de paso para ayudarle a los chicos a hacer los deberes. Al cabo de algunos días me llamó para decirme que lamentablemente no había más trabajo para mí. Lo tomé como algo normal, me despedí y me fui. Cuando estaba llegando a la tranquera principal, de salida, me vio con el mono el jardinero y me preguntó por qué me iba; le conté y me dijo que la razón no era que no hubiera trabajo para mí, sino que el mensual de la chacra, tal vez algo celoso, le llenaba la cabeza a los dueños, diciéndoles que quién sabe en qué andaría yo, que sabía tanto y por qué cuestión rara andaría de linye..."

Recuerdos de Hunter

Mi pueblo de Hunter
que naciste junto al río
y a orillas de tus aguas
levantaste el caserío.

En General Pacheco, cuando llegó a ser propietario de un corralón de lajas al que le puso como nombre "La Movediza".





19 de agosto de 1978, en el cerro La Movediza con Mariano Betelú



Conversando con Hugo Nario, cuando el escritor tandilense preparaba el libro "Bepo, vida secreta de un linyera".



Maestro: Bepo le enseña a la joven Claudia Musci las técnicas para desenvolverse en la vía. 10 de octubre de 1988.

Después vino el ferrocarril
y junto a la estación
se fue formando el pueblo
y Dios le dio su bendición.

y entre estación y río
fue nuestra diversión
la llegada del tren
o al río para darse un chapuzón.

También el club de nuestros amores
el Deportivo Hunter Club
que con su partidos y bailes
fue alegría de nuestra juventud.

Y el almacén de ramos generales
cita de compra de toda pebeta,
las mesas con sus juegos de naipes
que entre juego y humo parecían una carpeta.

Y la peluquería con olor a gomina
cita de todas las tardes:
discutir de fútbol o política
era quien hacía más alarde.

La llegada del tren
cita de todos los días
de muchachos y muchachas
con sus eternas alegrías.

La vieja herrería
con sus arados y sus rejas
golpeando sobre el yunque
como campana de iglesia.

Y el río con sus aguas mansas
de suave correntada
y con abundancia de pesca
era alegría de la muchachada.

Pueblito de tierra
con calles regadas
chicas de paseo
en tardes soleadas.
(1986)

"Otro personaje muy interesante que encontré en la vía fue el **Vasco de los Libros**. Se sentaba, sacaba un atadito de libros y repartía. Si alguno le pedía una opinión, la daba. Si no, se quedaba callado. Una vez le prestó un libro a un jovencito que al rato le preguntó cómo se llamaba, a lo que le respondió: ***'Mi nombre es Sol, mi apellido, Luna'***. Nadie lo veía más de una vez porque siempre a la mañana siguiente salía en otro carguero, pero se había hecho famoso por lo que sabía; tenía recortes de diarios, sobre todo con discursos de **Lisandro de la Torre**, que por esos días se había suicidado".

¡El **Francés...**! ¡Cuántos recuerdos! Me encontré con él en el período de siete años consecutivos sin retornar a Tandil. En **Francia**, había sido profesor en la **Escuela Normal**. Yo estaba en Vedia. Era un día de Primavera. Vi un cruce y salí caminando, sin saber adónde iba; en fin, esas cosas que se nos ocurre... Tenía algunas moneditas y tenía también las *tres marías*. Iba cruzando campos, algún arroyo, callejones, haciendo noches por ahí. Entre tanto caminar, de pronto vi a lo lejos el humo inconfundible de un linye, cerca de un arroyo. Cuando estaba a veinte metros me preguntó si iba lejos y me dijo que me arrime, que ahí había fuego y algo en la olla. Se le notaba el acento francés, pero debía llevar varios años en las vías porque tenía la cara curtida por el sol. Era mayor que yo, que no había llegado a los treinta y él tendría más de cuarenta años.

El Francés me recibió muy bien en su ranchada y comimos juntos. El tenía pescado y yo tenía en mi bagayera queso y carne de oveja asada que me habían dado la noche anterior en una chacra. Pero él prefirió primero ir a ver cómo andaba el pique; había puesto una punta de anzuelos para pescar, a lo largo del arroyo. Al rato llegó y me dijo que el pique no se había hecho. A continuación me miró de arriba a abajo y tal vez llegó con hambre, por lo que ahí sí me invitó a comer y compartimos lo que teníamos. Me informó que en la zona había ***"unas cuantas mulitas, así que vamos a tener comida"***.

A las mulitas no las veía por ninguna parte; veía ovejas, nada más. Pero lo cierto es que empezamos a conversar un tema y otro, y otro. Hasta que

llegaron las ovejas, con el sol, desesperadas de sed y matamos una, entre los dos. Tuvimos carne asada para esos primeros dos o tres días que estuvimos juntos.

Me hablaba y como yo había leído algo, me observaba con atención. Estábamos sin yerba y sin marroco; solamente había un poquito de carne; caminamos un poco y nos encontramos con un boliche grande; pasamos la noche ahí; a la mañana llegó alguien con la villalonga, para buscar un peón para una estancia próxima. "***Somos dos***", le dije. "***¿Vamos los dos?***". Me respondió que no, que era para uno solo. No lo dudé. Le dije que fuese él, por el solo hecho de que se trataba de un hombre mayor que yo y le di la prioridad. Se fue y me dijo:

Si algún día, Rubio, me quiere ver, me va a encontrar entre Rosario y el Salto argentino, por La Trocha.

Y así era. Por ahí andaba el Francés. Estuvimos andando cinco años, pero nunca del todo juntos; nos encontrábamos en **San Gregorio**, en octubre (él iba porque se veía con unos paisanos franceses), o en diciembre o marzo para las juntadas. Y quedó San Gregorio como el mojón para las citas con el Francés. Ahí tengo el monumento que me han hecho.

Nunca supe por qué se vino desde Francia a crotear por nuestras vías. No sé por qué habrá tomado esa decisión; es que nuestra costumbre era no darle importancia a esas cosas. El sabía que yo no me llamaba **"Alberto Rosales"**, pero no preguntaba. Yo sabía que él era el Francés, pero nada más. Era un tipo que sabía mucho. Con él se aprendía siempre una cosa nueva; para mí fue un maestro; incluso ahora, cuando leo los domingos el suplemento literario de **La Nación**, más de una vez recuerdo algo del Francés. El tenía la precisa; no era demasiado conversador, pero tenía cosas hermosas. Por ahí me hacía alguna pregunta, yo le respondía lo que me parecía y tenía la particularidad de dejarme con la duda, como para demostrarme que el mundo no terminaba donde yo creía; y me tenía especial cariño porque yo podía responderle con muchas de mis lecturas. Y una vez me dio un pronóstico que no me lo olvido más... Era una noche de Luna llena y estábamos caminando. A mí todo me llamaba la atención y entonces iba haciendo comentarios de distinta índole. De pronto, me dice:

-Rubio, alguna vez, esto que estás viviendo, lo vas a escribir.

Yo ya estaba escribiendo, estaba tomando apuntes de todo, pero lo que él me dijo esa noche fue una cosa premonitoria respecto de lo que mucho tiempo después ocurriría con el libro. Aunque tiempo después, **Nano Quesada**, un trabajador

gráfico compañero de **Raymundo Ongaro**, que conocí en Buenos Aires, una vez me dijo que un día iba a venir a Tandil para grabarme y que no se pierdan mis cosas. Murió al poco tiempo el pobre. Volviendo al Francés, él me hablaba también de los astros, de los cometas, y me llegaba a decir que ellos eran los crotos del cielo porque no se quedaban quietos jamás.

Nos encontramos varias veces con el Francés, y siempre con temas para conversar, para sentar la duda, para que uno siga con el pensamiento por días y por años... Eran tiempos de la **Segunda Guerra Mundial**. Cuando cayó París yo había comprado el diario "**Crítica**"; él miró el titular de reojo, como si prefiriera no creerlo. Alcanzó a pronunciar, en forma casi inentendible, el nombre "**París**"; era de noche; se levantó sin hablar; contempló un rato el arroyo y se fue a dormir. El Francés de pronto se preguntaba si la Patria sería una costumbre o un país o un modo de morir y matar odiando al hermano.

Fuimos incluso hasta lugares bastante apartados. Un día se le ocurrió invitarme a llegar hasta Tucumán; pasamos por Santiago y un montón de pueblitos; era época de zafra, de caña; terrible calor. Cantidad de "***crotos de juntada***", familias enteras, llevadas muchas veces por contratistas a quienes llamábamos "***negreros***" porque se quedaban con el 10 por ciento de la paga, que de por sí era poca, pero para ellos consistía en lo único que tenían. Yo una vez les hablé de sindicato y hasta de huelga, pero me miraban sorprendidos y me decían que habían llegado desde muy lejos para tener algo aunque sea.

Mucho tiempo después, en otro encuentro con el Francés, me invitó a ir a conocer las aguas de las **Termas de Río Hondo**, así que fuimos allí y luego seguimos para el Tucumán, de nuevo. Después a La Rioja, donde me acuerdo que trabajamos unos días en la vendimia. En otra ocasión me propuso ir a juntar frutas al sur (Alto Valle) y allí estuvimos. Hasta que un día, lo perdí.

Y luego, el gran misterio sobre la vida y destino final del Francés. Aunque parezca mentira, en un momento dado lo perdí en una vía por Arroyito, Córdoba, después de haber hecho una recorrida por medio territorio de la Argentina, durante más de cinco meses. Yo le acababa de preguntar si creía conveniente ir hacia la zona de Rojas para volver a juntar maíz o hacia el norte de nuevo. Me respondió que le gustaría llegar hasta Bolivia. Era un tren carguero corto, de siete u ocho vagones. Estábamos en un paso a nivel separados por cuatro o cinco metros. El tren venía algo rápido. Yo subí, y cuando me dispuse a incorporarme y ayudarlo al Francés, no

estaba. No vi nada concreto. Me pareció que algo rodaba por el terraplén, pero entre la neblina y el humo de la máquina, se veía muy poco. Pensé, por ejemplo, que podría estar en otro vagón; yo, al no encontrarlo, cuando llegó el tren a la próxima estación, me bajé y me fijé bien para ver adónde estaría el Francés, si en otro vagón, si habría bajado, si seguiría viaje sin haberme visto a mí y bajar también allí, etc. Me quedé a esperar; vino otro tren de vuelta, y no bajó; otro desde Arroyito y tampoco. Se hizo la noche. A la madrugada pasó otro tren; no paró pero lo hizo muy despacito, por lo que pude observar detenidamente en todos los vagones, y nada. Volví caminando hasta Arroyito, por la vía; despacio y mirando todos los rincones posibles, para ver si había sangre o algún mono en el suelo, pero estaba todo normal. Le pregunté al cambista por algún posible accidente la noche anterior. Fui hasta la comisaría y pregunté si por cualquier causa habría algún detenido y las respuestas fueron terminantemente negativas. Me fui hasta **Córdoba:** nada. Volví a San Gregorio, donde esperé mucho tiempo: nada. Después, durante siete meses, recorrí los lugares por donde habíamos andado juntos; llegué hasta **Salta**, hasta **San Juan**; nunca tuve noticias; nadie pudo decirme nada de él y encima, yo no sabía ni el nombre real del Francés, sencillamente porque en años de croteada y de amistad, no se lo había preguntado; hasta que, por supuesto, llegué a perder las esperanzas de encontrarlo; fue un misterio para siempre. Ningún indicio. Algunos interpretan que a lo mejor se sintió viejo y no tuvo fuerzas para comunicar la decisión de dejar la vida de linye.

O prefirió eludir la despedida, sintió miedo a la nostalgia y emociones ello provoca, y prefirió dejarlo así. Puede ser que haya sido eso y entonces haya agarrado el campo para tomar otros destinos.

Soledad en Navidad...

"En la vía no se acostumbraba a esperar o festejar Navidad o Año Nuevo pero recuerdo especialmente dos Navidades. En 1937 me encontraba en la pieza que alquilaba en **La Movediza**. Tenía 20 centavos en el bolsillo. A la mañana temprano agarré la pava, el balde con agua, un poquito de yerba y un cuaderno; con esos 20, compré carne en la carnicería que estaba al pie de **La Movediza**. En el camino encontré a un lechero conocido y le pedí un poco de leche; con todo eso me fui hasta el camino viejo hacia **Azul**, me ubiqué debajo de cuatro eucaliptus viejos que todavía están; ahí, solito. Hice el churrasco, tomé unos mates y me puse a escribir; tengo un recuerdo inolvidable de ese día, pero lo que sigo lamentando es que el cuaderno, cuando volví a **crotear** se lo di a una tía para que me lo guarde y en una mudanza lo perdió; no recuerdo qué escribí, pero sé que era bastante..."

1937 - Los tres eucaliptus - 1997

Los tres eucaliptus
y una tapera
sólo quedaban
arraigados en la tierra.

En el año treinta y siete
bajo su sombra y en paz
entre mates y churrascos
pasé una Navidad.

Pasaron sesenta años
volví al mismo lugar
ya eran viejos y añosos
su corteza ya no daba más.

Estuve un rato mirando
sólo el canto de los pájaros
alegraban el lugar
Lo demás era silencio
¿Qué otra cosa podía esperar?
(1997)

(Al acercarse el día de Navidad de 1997 sentí la necesidad de volver al sitio donde había pasado esa fiesta en 1937, cuyo recuerdo nunca me dejó)

"La Navidad del '41 también la recuerdo pero por triste. La pasé en **El Peregrino**, límite con **Santa Fe**. Estaba solo y no sé si por el olor a asado que se notó toda la noche, pero esa vez sí me acordé a fondo de mi casa, mi familia; me acosté temprano y no pude dormirme".

Estación "El peregrino"

Llegué a la estación "El Peregrino" con una cuarta de sol. Fui a la cabecera del galpón, no había ningún linye. Ni rastro de fuego. Junté unos yuyos, prendí fuego y me puse a tomar unos tártagos. Cuando oscurecía pasó el cambista que iba a buscar unas lecheras que pastaban en la playa. Me dijo: "hace calor, la noche está

linda. Después que pase el tren de las once vamos a festejar".

El tren era de pasajeros y dejaba correspondencia. Pasó. Lo miré y me quedé con la espalda apoyada contra el galpón, siempre con el fueguito prendido. Cada tanto tomaba unos amargos. Con las horas llegaban recuerdos de las canteras, de mi infancia, de mi familia, esas nueces, esos higos secos, una bilz y ese mundo tan hermoso.

Ya en la estación habían festejado. Todo estaba oscuro. Me quedé un largo tiempo mirando el fuego. Después me fui a los ponchos, pero en toda la noche no pude dormir. Los recuerdos pudieron más que yo.

Vieja Fonda de Albión

Vieja fonda de chapa
larga como un gusano
con los pisos de maderas
y el mostrador de estaño.

Ayer fonda de puchero y guiso
y tallarines los domingos
hoy almacén bien surtido
con fiambres y buenos vinos.

Cuántas noches te vestiste de gala
en los bailes entre vecinos
y al compás de un acordeón
bailaron tanos, gaitas y montenegrinos.

Entre copas y humo de cigarrillos
cuantas veces en tu mostrador
se ahogaban muchas penas
de algún frustrado amor.

Vieja fonda de Albión
cuna de viejos canteristas
hoy te evoco con emoción
y en estos versos que te escribo

vieja fonda jamás te olvido
y te llevo adentro de mi corazón.
(24 de diciembre de 1974)

Por cierto que pegué la vuelta; pero cuando eso ocurrió, ya todo fue distinto. Al mes de estar otra vez acá, murió mi padre. Y encontré muy cambiado a mi barrio. Mucha gente había emigrado. Tampoco estaba la Uda, que se había ido a vivir a Buenos Aires y se había casado allí. Ya los Conti no eran dueños de esa cantera, que pasó a ser Villa Mónica. Me encontré sin mi pieza, que había desaparecido; pocas casas había en el barrio; me sentí forastero. El día del entierro de mi padre me sentí solo y pensé en quedarme en Tandil. Busqué sus herramientas para intentar trabajar aquí; pero la situación en las canteras ya era totalmente distinta. Ya las máquinas estaban reemplazando vertiginosamente al trabajo artesanal de los picapedreros. Y mi pensamiento seguía estando en las vías, en aquella vida, así que agarré una noche, cargué el mono y volví a la vía, crotiando, andando por Santa Fe, Córdoba, Cuyo, Santiago del Estero, Tucumán, Salta, por todas partes...

En el año '46 volví a Tandil después de siete años de intenso crotear y crotear los caminos. Fue cuando encontré todo cambiado; al mes, murió mi padre; casi me quedé, pero pensé que mi destino, sobre todo teniendo en cuenta esa situación, era nuevamente la vía. Fui a **Buenos Aires**, porque se me había ocurrido probar suerte allí; me ofrecieron trabajo en la construcción, pero me di cuenta que esa vida que llevaban los porteños no era para mí. Así que no acepté y me fui hasta **Rosario** y en poco tiempo más estaba de nuevo en **Rojas**. Otra vez en Rojas, como en los mejores tiempos, aunque a decir verdad ya no eran buenos tiempos para los crotos. Quedaban menos porque en el campo había cada vez menos trabajo y en cambio sí lo había en Buenos Aires y en las grandes ciudades. Pero además, los linyeras eran perseguidos, sobre todo desde que el gobierno compró los ferrocarriles; aquello de **"andar por croto"**, en los trenes de carga, no corría más; había que esconderse.

Así las cosas, anduve por Mar del Plata, que crecía y crecía y yo trabajé un tiempo de nuevo en la industria de la piedra. Por Copetonas, por Madariaga. Pero no. Ya nada era lo mismo. Había llegado la hora -pensé- de retornar a la civilización, queriendo o no, porque la otra que me quedaba era hacerme un linye lerdo en las estaciones, pudriéndome con la mugre. No podía optar por esto último. Tuve un trabajo importante en General Pacheco, cerca de Buenos Aires; me llevó un amigo que tenía un lote para trabajar y allí me dediqué a la piedra laja para la construcción y otras cosas, que me permitieron ganar bien.



En la célebre Casa de Piedra, luego del emocionante reencuentro con Uda Conti.



Oscar Méndez (centro, camisa roja a cuadros) es el director del grupo Nido de Cóndores, que realiza caminatas serranas y también croteadas por las vías en las que reivindica a Bepo, a quien aquí vemos como invitado especial en el momento de iniciarse la misma. Año 1995.





Otra vez en la vía: una de las fotos más recientes de Bepo, al lado de sus queridos nietitos en el afecto

Había dos ramales, el que iba a Rosario y el otro que iba del Talar a Capilla del Monte. Yo tenía por costumbre los viernes armar el mono y dormir en el parque, sintiendo el pito de los cargueros. A la una ya empezaban a llegar y salir.

También iba en las tardecitas de verano a ver las vías, a tres o cuatro cuadras, como si fuera a ver mi casa.

El regreso...

Pero en definitiva volví a Tandil. Tandil me tiraba y decidí volver. Alquilé, tenía previsto hacerme una casita pero tuve la desgracia de enfermarme, en los años en que trabajé como archivero en **"Nueva Era"**, donde tanto los directivos como los compañeros me respetaron mucho, tuve muy buen trato y buenos recuerdos también. Pero lo cierto es que mi enfermedad -una peritonitis aguda- me comió los ahorritos.

El libro que publicamos con **Hugo Nario** fue una satisfacción enorme, ahí se cumplió fielmente el pronóstico que había dado el Francés. Yo tenía mucho material en mis cuadernos. Pero una vez me encontré con Nario, por otro tema, nada que ver con el libro. Resulta que él estaba entrevistando a viejos canteristas, por un trabajo de investigación que estaba realizando sobre ese tema. Después de hablar conmigo, le recomendé que lo fuera a ver a un uruguayo (Di Rosso) que había sido canterista y yo estaba seguro de que tendría abundante información. Decidí acompañarlo a Nario. También fueron **Filiberto Satti** (que fue el que me recomendó en **Nueva Era** para trabajar) y **Mariano Betelú**. Era un domingo. Le dijimos lo que queríamos, pero nos respondió con evasivas porque no nos conocía y era la época del Proceso. Hasta que a mí se me prendió la lamparita y le dije que tenía un gran amigo uruguayo, del **Carmelo**.

-*¿Quién es?*, (me preguntó). Chinatti, le respondí. **Ezequiel Chinatti**. Ahí cambió todo. Se le iluminaron los ojos. Me preguntó cómo lo había conocido. Le conté que se vino desde Uruguay hasta mi pieza en La Movediza para verme. Le dije que a mí me conocían por Bepo. Empecé a contarle anécdotas relacionadas con las croteadas con su compatriota Chinatti.

Cuando Chinatti llegó a mi pieza, se presentó con una valija muy chiquita y adentro había sólo un libro. El era hachero y enseguida le salió una changa de un desmonte. Cuando volvió sacó la platita y me la dio. Yo me negaba pero -insistió- usted la maneja. Y esa noche nos comimos un churrasco.

¡Ay, Cinatti..., Cinatti...! Ese uruguayo era el verdadero bohemio; él, teniendo yerba y un libro para leer, era feliz; después, si comía o no comía, no le interesaba; y por supuesto, era solidario ciento por ciento. Su padre era italiano y su madre charrúa; era mayor que yo; vino a verme porque él también era anarquista y se enteró de mis croteadas. Me decía que estaba dispuesto a probar esa vida y lo hicimos; una vez, arriba de un techo del carguero me reconoció que ni siquiera había soñado semejante libertad. Qué gran tipo; era bastante mayor que yo; se murió tuberculoso, pobrecito.

Y... casi diez años atrás, después de tanto tiempo, me encontré con **Uda.** Fue algo muy especial. Ya se había publicado el libro. Me encontraba una tarde en esta misma casa, en Arenales al 200, hará diez años; tocaron timbre; salí y me encuentro con una señora que pregunta:

-¿Acá vive Bepo Ghezzi?

Y yo respondí: "Sí, presente".

-¿No me conocés?

Yo la miré y le dije: "Me parece que sí pero no caigo quién sos".

-¿No te acordás de Uda Conti?

¡Mamma mía! ¡Lo que fue ese momento! ¡Ese abrazo!

Me dijo que había leído el libro en Buenos Aires y no paró hasta conseguir mi dirección, para venir a verme.

Después nos seguimos viendo. Ella tuvo participación en la película inclusive; nos hemos visto varias veces más. Siempre me llama y hasta me ha ayudado y me sigue ayudando, con dinero, en momentos difíciles. Uda hace algunos años enviudó. Tiene tres hijos, que están muy bien. También a ellos los he visto. Creo que hasta le insinuaron a la madre por qué no se casaba conmigo, ahora... Pero no. Después de ese reencuentro luego de tantos años, yo prefiero que todo siga como entonces, platónico.

Y así es la cosa. Se han cruzado otros amores, sí, pero lo que pasa es que el linye promete pero nunca vuelve. Y por ahí uno lo hace, pero ya no ha quedado nada.

Un amor muy especial...

Uno de mis amores fue el **Club La Movediza**, que nació el 2 de noviembre de 1923, con el nombre de **"Se hace lo que se puede"**. El nombre lo eligió un muchacho que venía de Las Flores, Juan Fernández Cora, por una cuestión de

nostalgia porque en su barrio había un club con ese nombre; fue además el primer presidente.

El día de nacimiento ya de por sí es significativo. El 2 de noviembre se festejaba el Día de los Muertos, allá en las canteras, y no así el 1° de noviembre, considerado "Día de todos los Santos". Ellos decían que muertos eran todos y eso de "santos", había que comprobarlo; entonces festejaban el 2, y ese día nació el club, al pie del cerro, adonde está el "Bochón de Trincheri", llamado así porque estaba la propaganda, en ese bochón del cerro, de los vinos Trincheri.
Un poco antes del año, pasó a otro lugar, siempre en La Movediza, en la rotonda del viejo barrio. En 1931 el club se fue a pique por falta de gente, ya que los principales socios y directivos emigraron por el parate que había en las canteras.
Alberdi era el delegado ante la Liga y le decían "ahí va el delegado sin club". Este hombre era un bohemio macanudo, medio anarquista también.
El Club resurge en 1937, en la misma cancha del '23, en la villa detrás de los actuales Cuarteles, donde ahora está la escuela 36. En el '43, '44, cuando se introdujeron los Cuarteles, hubo que mudarse de nuevo. Primero hacia El Tropezón y más tarde a **Villa Laza**, donde está ahora.

"Se hace lo que se puede" tenía casaca azul y blanca. Después, con el nombre de **La Movediza**, se eligieron nuevos colores. Fue así: éramos unos cuantos con ideas distintas respecto de los colores. Había que cortar una paja cada uno, ahí en el barrio, y el que sacaba la más larga, tenía el derecho de ponerle el nombre al club: la sacó el **uruguayo Pachanín**, que era hincha de **Defensor** de Montevideo, y eligió sus colores, violeta y verde. Y cuando hace poco Defensor fue campeón y jugó la Copa Libertadores, en el Club La Movediza se pasaban los partidos por televisión y todos hinchaban por Defensor.

Cuántos recuerdos lindos de todo eso. Le cuento otra: yo había redactado una especie de "ley" según la cual todos los socios y dirigentes teníamos que pagar entrada en los partidos y en los bailes, sin excepciones. Una noche venía a tocar una orquesta muy buena, del barrio, pero tan buena que parecía la **"Marabú"**. Eso, después del partido frente a **Racing de Gardey**, y yo con unas ganas locas de verla, pero no tenía un centavo. Me tocó estar en la portería, cortando los boletos. Un poco antes del relevo, le dije a mi reemplazante que tomara la posta, en un momento en que el baile mejor se empezaba a poner. Pero no quise pedirle dinero a nadie, y mucho menos pedirle a mi compañero que me deje entrar, que podía haberlo hecho, después de haber trabajado tanto para organizar ese baile, con los demás muchachos. Pero yo era el que había escrito esa ley y tenía que ser el primero en dar el ejemplo.

Entonces calladito, me fui a mi casa... Cuando al otro día me preguntaron qué me había pasado que no había vuelto para el baile, puse como excusa que estaba descompuesto.

27 de octubre de 1937

Volvió Movediza
cuánta alegría
volveremos a la cancha
a darte la bienvenida.

Debutamos en Gardey
goleando a San Martín
con el grito de ¡Movediza! ¡Movediza!
Del principio hasta el fin.

Cantamos de alegría
después del gran triunfo;
le ganamos a Basso Aguirre
lo festejamos todos juntos.

Movediza, Movediza...
es un solo grito.
Volvimos en camión
le ganamos a El Solcito.

Jugamos en nuestra cancha
contra San Lorenzo,
les ganamos cuatro a cero
estamos todos contentos.

Ayer fui a Villa Laza
a ver entrenar a los jugadores,
en la canchita frente a la Vianca
hicieron tacos, gambetas y goles.

Anoche hubo baile
en nuestro Club.

Tocaban el Carlín y el Pin,
parecía el Marabú.

Ayer hubo elecciones
para presidente;
fui de nuevo electo
con el aplauso de la gente.

Los colores violeta y verde
flamean en nuestra bandera
en lo alto del cielo
junto a una estrella.

Llevé a las villas y el Bodegón
el cuadro para el domingo,
partido difícil con Racing,
jugar con caballeros es lindo.

Ayer estaba triste,
habíamos perdido.
Nos ganó Racing
en un gran partido.

Fuimos a Barker
a jugar en La Calera
nos esperaron con asado,
hay gente muy buena...

Anoche hubo baile
no tenía para la entrada;
me quedé solo en la pieza,
se me partía el alma.

Viene fin de año,
no tengo para comer.
Todo el mundo lo festeja
y sólo agua para beber.

Hoy me quedo en mi pieza,
no fui a trabajar;
cosí algunas pelotas
y después me puse a matear.

Hoy más sereno,
pienso en lo de ayer,
la pelea con Ferroviarios
que no vuelva a suceder.

Anoche recé por Movediza
sin saber rezar;
jugamos con Figueroa
y tenemos que ganar.
Fui a la cancha
con tanta alegría,
no faltaba ninguno
fue un hermoso día.

Tenemos comisión de damas,
ellas siempre hacen rifas
para comprar nuevos equipos
que Dios las bendiga.

Con la vincha en el pelo,
con los queridos colores
van las chicas a la cancha
a ver el club de sus amores.

Canto con el triunfo,
lloro con la derrota.
Me resigno con el empate,
no me queda otra cosa.

Hoy es otro aniversario
de mi querido club.
Haremos un gran baile
para toda la juventud.

Movediza y San Lorenzo
al fin los dos ganaron;
los clubes de mis amores
qué contento me dejaron.

El clásico de las canteras
se volvió a jugar;
Movediza y Figueroa
volvieron a empatar.

Vino Racing de Gardey
y nos ganó en nuestra cancha,
igual tuvieron tertulia
y té y masitas en abundancia.

Empezamos bien el año
con una gran victoria:
tres a cero con Sans Soucí,
estoy viviendo en la gloria.

Volví a mi pieza contento
por muchas cosas que fui viendo;
once malabaristas en la cancha
y las chicas aplaudiendo.

Hoy compré una pelota,
la acariciaba con mis manos;
el sueño de los pibes
de tenerla en sus brazos.

Hoy no pudimos jugar
porque está lloviendo;
en mi pieza ni para el mate,
afuera agua y viento.

Jugamos con Basso Aguirre
y le volvimos a ganar;
"son nuestros hijos",
les empezamos a gritar.

En la noche hubo baile
duró hasta la madrugada;
al compás de los tangos
hubo cortes y quebradas.

Llegué a la pieza cansado
y me puse a yerbiar;
había ganado Movediza,
era una victoria más.

Cuando volví de la cancha
la tarde se fue apagando.

Los pájaros en sus nidos
y la noche tendía su manto.

Hoy es mi cumpleaños,
no hay plata para festejos;
antes de ir a la cancha
un pucherito de huesos.

Anoche hubo reunión,
nadie faltó a la cita.
Conti leyó el balance
y nos sobró guita.

La comisión de damas
no deja de trabajar;
venden rifas en los bailes
y en la cancha, de local.

Hoy vi el último partido,
lo miro con tanta tristeza;
sabía que tenía que irme,
qué triste volví a mi pieza.

En todas las canchas
que Movediza jugó
fueron unos caballeros,



Preparando una escena, como actor, para la película "Que vivan los crotos", junto a la directora Ana Pollak. 1989.



Bepo, de regreso a San Gregorio en marzo de 1993. Muestra el mismo tanque australiano y el mismo lugar, en el molino en el que se encontraban con el Francés. En esa localidad de la provincia de Santa Fe se hizo por entonces un homenaje especial a Bepo y en él a todos los linyes. La placa instalada junto al monolito, dice: "San Gregorio, a Bepo, el Francés, su amigo, y a todos los linyeras que buscando la libertad se cobijaron en este molino".

Rueda de amigos: Bugna, Marcovich, Bepo Ghezzi. El quinto en la foto es Vicente Ghezzi, primo del anterior. El sexto es don Filiberto Satti.





Bepo (tercero desde la izquierda) muestra una escultura realizada por su amigo Luna, de La Plata, con un trozo de riel. Lo acompañan Satti, Bugna y Marcovich.



Más amigos: Satti, Nario, Bepo, Bugna y Marcovich.

jamás a nadie ofendió.

Nadie en el club
se siente dueño o patrón.
Hay que trabajar en silencio
con cariño y corazón.

Socios y dirigentes
sigan trabajando
algún día volveré,
pero no sé cuándo.

La noche estaba oscura,
el barrio dormía.
Yo salí caminando
rumbo a la vía...

(Desde la vuelta de Movediza en octubre de 1937 escribí una cuarteta después de cada partido en la pieza de Capotín. Cierro estas memorias a la una de la madrugada del 27 de marzo de 1938).

La vía, siempre...

"Puedo asegurar que mi Universidad fue la vía. Lo primero que se aprende en la vía es esa naturaleza que pega en la cara. El sol, la luna, la lluvia, el frío, el calor. Aunque parezca imposible, todo ello va enseñando qué es la vida. Uno ve la gente, los barrios, las casas de las orillas, de pronto a una chica con alguna vaquita para ordeñar y vender leche. Es una parte de la vida que está con vos; eso queda grabado; una ranchada, un fueguito, unos mates y el sabor de la libertad. De pronto, un pito largo, largo, largo; puede ser un tren carguero o de pasajeros; si era este último, uno, entre mate y mate, tenía también la gente para contemplar; por ahí bajaba alguna compañía de teatro o radioteatro de la época, que iban por los pueblos. Sí, son cosas difíciles para explicar; hay que vivirlas. ¡Qué lindo haberlas vivido! Si tuviera que empezar, haría lo mismo.

Todo esto que yo cuento transcurre sin reloj, ni horarios ni vencimientos; son cosas que no pueden hacerse con un trabajo rutinario. Cada día me acuerdo de

algo distinto; tengo todo registrado en la memoria; cosas que me han pasado hace medio siglo de promedio, a mí me parece que las estoy viendo y viviendo nuevamente, porque no se olvidan más; haciendo de nuevo la comparación con el trabajo rutinario, me pregunto si pasará lo mismo; creo que no, que no son tantos ni tan intensos los recuerdos que se tienen..."

Tangos y sueños, amigos y recuerdos...

Gardeleando

En la carpintería del Coco
que está en la calle Ituzaingó
va la barra de la peña
a hablar de tangos.

El Coco, Luna y Juan del Suburbio
todos son gardelianos
y mientras corre el amargo
de fondo el Zorzal, con mano a mano.

Si el tema es cantores y orquestas
hablamos de la década del cuarenta
y también de Greco, Maglio y Arolas
de Firpo, Filiberto y sigue la cuenta...

En Pompeya y en Tandil
cunas de tangos,
Juan del Suburbio, Manzi con Sur y
nosotros, los bandoneones, Matti,
Buscaglia y el tano Lauro.

El tango es como un amor
que está dentro del corazón
siempre tendrá vida
mientras lo toque un bandoneón.

(1998)

El sol.....

El sol
La luna
El viento
La lluvia

Quién no se puso a mirar una puesta de sol
quién no se sintió poeta al mirar la luna
quién no sintió silbar el viento en la cara
quien no se mojó caminando, bajo la lluvia.

Ella tenía los ojos grandes como el sol
la boquita redonda como la luna
la cabellera revuelta por el viento
y sus lágrimas parecían gotas de lluvia.

Con el sol, la luna, el viento y la lluvia
y juntos a la madre tierra
viviríamos en un mundo distinto
donde jamás hubiera una guerra.

La casa de piedra

Mansión en su tiempo
en los años de esplendor
cuando habitaban sus dueños
y todo era alegría y amor.

Hoy vieja y en ruinas
está abandonada
parece un monasterio
con sus puertas cerradas.

En todo su alrededor
la invade la maleza
ya no se puede andar
donde ayer era belleza.

La escalera que sube al corredor
tiene sus barandas rotas
está sucia, abandonada
sólo es recuerdo de otra época.

La canilla sin agua
esta de viejos amores
en su pedestal de piedra
superando tiempos mejores.

El parque que en otros tiempos
era orgullo del lugar
sus canteros tienen rotos
y no se puede caminar.

Sólo queda la Higuera
junto a una palmera
las dos cargadas de años
quien sabe cuántas primaveras...

En la cochera ya no está
la volanta del cartero
que todas las mañanas
iba a buscar el correo.

En ella todo es silencio
no se siente una voz
está sola esperando
el último adiós.

El tiempo que se fue

Las vías de las zorras
y las del ferrocarril...
ya no corren ni las máquinas
a las dos les llegó su fin.

En las canteras, las zorras y las vías
están todas arrumbadas
ahora están las palas y camiones,
son rápidas y con más carga.

La vía que va al cerro
la cubrió la maleza
sólo se ve una cinta de yuyos
donde antes brillaban por su belleza.

En la mañana y la tarde
corría siempre la máquina
a buscar todo el material
para llevarlo a la playa.

Siempre recuerdo el pito de la máquina
y el chos chos de la caldera,
el chirriar de los vagones
y el humo de la chimenea.

Las zorras de las canteras
bajaban por la pendiente despacio
el zorrero le apretaba los frenos
sólo lo aflojaba en el llano.

El cuarteador las seguía
con dos caballos y la cuarta
y las traía vacías de vuelta
para que otra vez se cargaran.

Había un caballerizo
que traía los caballos al corral
a una yunta la ensillaba
uno era ladero y otro de andar.

La campana está colgada
ya nadie la toca

hoy es una reliquia
de aquella época.

Hoy sólo me queda el recuerdo
de aquel tiempo que se fue
Adiós a la máquina y a las zorras
y a mi barrio que nunca olvidaré.

Recuerdo de linye

Con el mono al hombro
y la bagayera (1) en la mano
iba caminando por la vía
buscando puentes y arroyos
cuando tenía las tres marías. (2)

Siempre el fuego prendido
con la pavita arriba
cada tanto, leer y unos tártagos (3)
en mi oasis de la vía.

Cuantas noches las estrellas
fueron mi compañía
me quedaba mirándolas
hasta que me dormía.

Con el frío me acurrucaba
con el calor me estiraba
con las lluvias me encogía.
y con la lonita me tapaba.

A todas las cosas
les puse la cara,
al hambre, al frío
y cuando caía en cana.

Hoy todo es un recuerdo
de aquel tiempo vivido

Arroyos, puentes y vías
fueron años que nunca olvido.

(1) Contenía pava, plato, mate y bombilla.
(2) En la vía se llamaba así a la yerba, el pan y la carne.
(3) Mate

Sueño

Voy a la terraza
a mirar el espacio
y veo su palacio.

Bajo las escaleras
en busca del llano
y veo el adiós de tu mano.

Me voy al huerto
y entre los cerezos
sueño tus besos.

Salgo a las calle
y en la vereda
ella me espera.

Voy rumbo al río
y con la brisa
siento tu risa.

Camino por la playa
la mar está serena
y me parece el ondular
de tu melena.

Voy a misa
y junto al altar
la siento llegar.

Camino por el monte
y junto al sendero
siempre la espero.

Voy divagando
en mis pensamientos
su voz me trae el viento.

Vuelvo a mi casa
y en mi aposento
¡qué solo me siento!

Me asomo al balcón
y la veo pasar
con traje de novia,
rumbo al altar

Vestida de blanco,
de un blanco cristal
yo estoy soñando
y tú...soñaras.

Vieja peluquería Roma

La misma casa
como era entonces

sólo falta
la presencia del hombre.

La misma puerta
y la vieja ventana
que sólo acaricia
el sol de la mañana.

El viejo piso de madera
envejecido por los años
las paredes sin pintura
es sólo un recuerdo de antaño.

Vieja peluquería
que allá por los años treinta
pelo y barba eran monedas
y se pagaban a cuenta.

Se llamaba peluquería Roma
porque su dueño era un tano
que se fue acriollando
con el correr de los años.

Ya ni se sienten las tijeras
ni el perfume de sus frascos
ni están colgados de sus paredes
Leguizamo y el Morocho de Abasto.

Vieja peluquería
reliquia de un tiempo
la fue golpeando el progreso
como si la golpeara el viento.

(Hoy esta peluquería funciona en un salón próximo atendido por un descendiente de su fundador. Hace unos años me han "jubilado: por ser un cliente desde los inicios no me cobran el corte de pelo.)

Tandil, 29 de noviembre de 1997.-

Querido Ale:

Cuando tuve la triste noticia que te fuiste por ese camino que uno no vuelve, sentí mucha pena. Pero cuando supe tu deseo, que en la cumbre de la Piedra Movediza van a repartir tus cenizas al viento para que floten sobre el cielo de Tandil, me puse contento. Pero si algún día hacen un alto, que sea sobre el techo de la Casa de Piedra. Ese techo que te vio nacer. Ese techo que te cobijó por años. Esa Casa de Piedra que tanto quiso. Esa Casa de Piedra que jamás olvidó. Esa Casa de Piedra que fue parte de su vida.

BEPO

(palabras leídas por Bepo Ghezzi al esparcir las cenizas de Alejandro Conti, desde el cerro La Movediza, Tandil).

Este libro se terminó de imprimir
en Marzo de 2000 en los talleres de
Alfredo Bossio - Artes Gráficas
Av. España 359
Tandil

Bepo, un hombre que eligió ser libre

Bepo, un hombre que eligió ser libre

Bepo, un hombre que eligió ser libre

José Américo Ghezzi ("Bepo") nació al pie de este cerro el 5 de abril de 1912. Treinta y seis días antes -29 de febrero- la legendaria Piedra Movediza se precipitó y provocó un gran duelo en el pueblo tandilense. No era para menos: una de las maravillas mundiales había dejado de existir.

Bepo, amante de la libertad, caminó durante un cuarto de siglo por las vías del país. Vivió en otros sitios, pero su vida fue un constante partir y regresar a este lugar.

"Versos y otras yerbas..." reúne testimonios orales del linyera más culto y famoso del país, transmitidos en reportajes periodísticos y a sus amigos en cada una de las "ranchadas" que hasta el final de sus días compartía en el patio o en la cocina de su vivienda en la ciudad de Tandil.

Este libro fue su último sueño. Prolija y pacientemente, desde algunos meses antes de morir, desempolvó sus viejos cuadernos de apuntes y seleccionó unos cuantos poemas, textos varios y fotos de su álbum personal. Ese trabajo suyo, con ayuda de sus amigos, se concreta en esta edición que constituye un homenaje en el 88º aniversario de su nacimiento.